

## ELEGIR LO SAGRADO

**Sobre** María Urrutia. *El cordón Sagrado*. La Plata: Prueba de Galera, 2019.

*Claudia Bernazza*

Si lo personal es político, la poesía lo es aún más. El arte y la literatura se paran desde algún lugar que nunca es neutral. María Urrutia elige un lugar y desde allí nos habla, desde allí escribe.

Su libro quiere dar visibilidad a los silenciados, los que doblémos y olvidamos, los que que vivieron desde el principio del tiempo en nuestra tierra, le pusieron el primer nombre a las plantas, los animales, las divinidades y los ríos. Hombres y mujeres que tuvieron hijos y fueron perseguidos y devastados en nombre del poder, el oro y la supuesta verdad. Hoy viven reducidos a un puñado de familias que luchan por conservar su voz.

Por otra parte, este libro nos introduce en una iniciación personal. Un día, María Urrutia se encontró sentada en el piso de tierra colorada de una choza ceremonial, al lado de un Paí guaraní que tenía una pipa en la boca y un mono saltándole en el hombro. Fue en Fracrán, aldea de Misiones. Fue en 1981, en los días más crueles de la más cruel dictadura.

A partir de ese instante, la ciudad de La Plata y sus prolijas diagonales se esfumaron. La poeta se zambulle en la selva, en nuevas formas de existir, nuevos dioses y nuevos significados

de las cosas habituales. Urrutia asiste entonces a su propio bautismo, quizás definitivo.

¿Por qué el Cordón Sagrado? Las Crónicas de la Tierra Sin Mal hablan del cordón sagrado del hijo, invisible y férreo, que une para siempre el ombligo del cuerpo a todos los cuerpos que lo antecedieron, un cordón que no se rompe ni por la ausencia ni por el tiempo ni por la lejanía, ni por la muerte. Ellos hablan de estos lazos y de la comunidad que producen como una realidad contundente e inevitable, cuyos reflejos cotidianos son las rondas, los cantos y las crianzas compartidas. No hay aquí sobreexposición del alma, ni declaración de amor en el escenario del Facebook. Se ven los rostros. Se conocen. Alguien teje pacientemente la trama de los vínculos.

Los niños/as se crían en aldeas: las madres amamantan, dan de comer a los iguales, todos son hijos, la comunidad cuida sus niños/as y todos son responsables de los más pequeños y frágiles ¿Quién discutiría la baja de su edad para encerrarlos? En el monte, la vida y la muerte bailan la misma danza. En este territorio de la contingencia, no hay ruptura en la vasija de barro ni desgarradura en el pasaje: la vasija que es olla y urna, guarda los alimentos de los que están y las cenizas de los que se van.

La angustia y el goce de los días pasan y se reúnen en el curso del río, en un movimiento constante que se renueva cada mañana. Como en la lavandería de Heráclito, el agua nunca es igual. Nadie es dueño. Ni del maíz, ni de la verdad, ni de dios, ni de los demás. Nadie es dueño de los cuerpos ni de las palabras. Nadie busca el sentido: vivir es el sentido.

En esta aldea primigenia la poeta tomó dimensión de su propia fragilidad, de la pequeñez de nuestras vidas. Y si bien somos partículas mínimas y temporales del universo, nos salva

un cordón. Un cordón suave y sagrado que nos vincula en una telaraña invisible con el rostro de al lado y el más lejano, con la tierra, con la comunidad que anhelamos, con la utopía de un mundo mejor.